BIBLIOTECA
PARA USO
DE TODO EL MUNDO
POR
F. S. y S.
LXXXVII.
Criterio seguro... y único

CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIÁSTICA.

CRITERIO SEGURO... Y ÚNICO.

HABLANDO en plata, como dicen por ahí las gentes, sólo un modo conozco, amigos míos, de ser católico de veras, y es serlo con el Catolicismo.

—¿Con cuál? me preguntan al punto una porción de lectores impacientes.

—¡Valgame Dios, señores! ¿conocen acaso Vds. muchos catolicismos? Por mi parte no conozco más que uno verdadero. El Catolicismo católico. Y toda otra palabra que se añada á éstas ha de ser por fuerza postiza é impertinente. Catolicismo católico,

repito; ese es el mio, y de ahí no me saca nadie.

—Soberbio pleonasmo; ni Pero Grullo...

—Y no obstante soberbia verdad, por más que parezca perogrullada. Escuchadme sino. ¿Es vino todo lo que con este nombre se vende en las tabernas?

—No, por vida de Baco; harto lo saben la química de los taberneros y el estómago de los bebedores. Mas no acierto á qué va la comparación.

—Tan derecha como pedrada en ojo de boticario. ¿Os extrañaríais de que un tabernero fiel, que sólo vendiese á sus parroquianos zumo de uvas sin mezcla de otra sustancia, pusiese sobre sus cubas y tinajas el siguiente rótulo: *Este vino es vino?*

—No, por cierto, y todo el mundo comprendería la intención del rótulo.

Todo el mundo sabria que allí no se anuncia vino aguado, ni vino campeche, ni vino añil, ni cualquier otro de los vinos sofisticados que han puesto en boga los modernos adelantos; sino vino legítimo de legítimos padres, descendiente en línea recta de la viña de Noé, vino sin mezcla, vino de uva, vino *vino* en una palabra.

—Claro está.

—Pues bien. Ahí cae como llovida la comparación. En el vasto mercado del mundo la verdad religiosa sufre todavía más alteraciones y falsificaciones que los artículos de comer y beber en los puestos de los tenderos. Os ofrecen *verdad* de todos colores y para todos los paladares; os la dan blanda, acomodaticia, condescendiente; llegan á deciros que os la harán siempre á gusto del consumidor. ¡Imposible! Y como la verdadera verdad religiosa,

después de la feliz venida del Salvador al mundo, sólo se halla en el Catolicismo, ¿qué ha hecho el diablo, que es el mercachifle falsificador por excelencia? Se ha atrevido hasta á falsificar el Catolicismo. Sí, señor, y por esto anda por hay tanto catolicismo falsificado, que es un asco y una lástima. Y tal hay que en su buena fe ó supina ignorancia cree ser católico de los buenos, y no es más que un pobre racionalista, es decir, enemigo del Catolicismo.

—Exactamente como el infeliz á quien un hostalero ruin da gato por liebre, ó tintura de campeche cocido por vino tinto de primera calidad.

—Sí, señor, y de ahí tantas cubas en esta taberna, donde se lee la palabra *vino* sin que lo sea más que el agua de los mares. Más claro y sin alegorías. De ahí tantos libros como prego-

nan catolicismo sin tener más de católicos que yo de musulmán; tantos periódicos que se llaman católicos sin dejar por esto de simpatizar, de transigir y de aliarse (conciliarse dicen hoy) con lo que pública y paladinamente se declara á sí propio anticatólico. De ahí Gobiernos estrujando con una mano la garganta de su víctima la Iglesia, saqueando sus templos, dispersando sus Comunidades, demoliendo sus casas, subastando sus fincas, legislando en oposición á sus dogmas, y escribiendo con la otra manifiestos llenos de unción evangélica y de fervorosas protestas de respeto á la Religión. Y todo esto se llama catolicismo; y tales periódicos y tales libros y tales Gobiernos se llaman católicos. Y á veces ¡cáspita! toman tan bien el disfraz, que llegan á parecerlo de veras.

—Cierto, cierto, ó sino que hablen

los hechos de cada día. Pero vamos, es preciso confesar que el lazo está bien tendido, y que pocos serán los que no caigan en él. Paréceme empero que Dios (Él me perdone) no debiera haberle concedido tanta libertad al diablo para hacer de las suyas.

—¿Y dónde estaría, amigo mio, el mérito de la prueba? además tendríais razón en vuestra queja contra la Providencia, si Dios no hubiese dispuesto entre nosotros medio fácil, seguro é infalible para distinguir el vino puro del vino aguado, la verdad verdadera de la verdad mentirosa, el Catolicismo católico del catolicismo anticatólico, si se me permiten otra vez tan extrañas y antitéticas expresiones.

—Adivino á qué os referís.

—Claro está. Jesucristo debió decir para sí antes de subir á los cielos: «Dejo mi doctrina expuesta á la mali-

cia de los unos y á la ignorancia de los otros. Habrá entendimientos cavilosos empeñados en desnaturalizarla y adulterarla, y entendimientos sencillos y bonachones incapaces de conocer por sí solos la falsificación. Hasta entre las inteligencias más elevadas se levantará la duda cruel, la dolorosa incertidumbre, como quiera que el espíritu humano es de suyo inquieto, irresoluto, incapaz de darse á sí propio seguridad y fijeza. Pues bien, ya sé lo que haré. Levantaré en medio del mundo una cátedra tan alta y en ella un tan soberano catedrático que de Mí reciba directamente luz, inspiración y autoridad infalible. Quien á él oyere, á Mí me oirá; quien á él despreciare, sobre Mí lanzará su desprecio. De Dios abajo nadie estará exento de su jurisdicción doctrinal, desde el eminente filósofo que posee los secre-

tos más recónditos de la ciencia, hasta el rústico patán que riega los campos con el sudor de su rostro. Y sobre toda discusión, sobre todo trabajo científico, sobre todo progreso intelectual, sobre todo criterio de Angeles ó de hombres, estará la autoridad de su palabra. Y la humildad en recibirla y la firmeza en profesarla serán la piedra de toque con que se conocerán los hijos de la verdad, así como las vacilaciones, los subterfugios, las encubiertas rebeldías, las solapadas interpretaciones serán síntoma mortal de ocultas ó manifiestas afinidades con la mentira.» Decidme, amigo mio, ¿es ó no es cierto que Jesucristo ha dejado dichas en sustancia todas estas cosas?

—Así es y no puede negarlo quien por católico se tenga.

—Pues bien. Tal cátedra es el Pontificado, tal catedrático es el Pontífice,

tal enseñanza es la que oís frecuentemente de sus augustos labios. ¿Queréis saber, ó recordar si ya lo sabéis, lo mucho y muy bueno que el Papa se ha permitido decir varias veces sobre el particular? Pues oídlo, que tiene siempre oportunidad.

«...No obstante, y á pesar de que los hijos del siglo son más hábiles que los hijos de la luz, sus artificios y violencias tendrían menos eficacia y resultados, si entre los que llevan el nombre de católicos, gran número no les tendiesen una mano amigá. ¡Ay! sí, no faltan quienes para seguir de acuerdo con nuestros enemigos se esfuerzan en establecer una como alianza entre la luz y las tinieblas, un pacto entre la justicia y la iniquidad por medio de esas doctrinas que se llaman *católico liberales*.»—(Breve de Pío IX al Círculo de San Ambrosio de Milán, Marzo de 1873).

—Fuerte es, y pica como mostaza

—Pues seguid escuchando, que no ha acabado aún.

«Ahora bien; los tales (esto es, los católico-liberales) son más peligrosos y funestos que los enemigos declarados, pues secundan los esfuerzos de estos últimos de un modo que pasa desapercibido, y porque conteniéndose al parecer en el límite de las opiniones formalmente condenadas, se dan cierta apariencia de honradez y de doctrina intachable, halagando así á los imprudentes amigos de conciliarlo todo, y engañando á las personas verdaderamente honradas, las cuales se opondrían con firmeza á un error manifiesto y declarado.»—(Breve de Pio IX al mismo).

—Vaya, que no pudo Su Santidad decirlo más claro.

—Sí pudo, y ahora lo vais á oir.

«Lo que en esta vuestra religiosísima tarea vemos más digno de encomio y alabanza es que, según se dice, detestáis profundamente los principios *católico-liberales*, esforzándoos todo lo que os es posible en arrancarlos de las inteligencias. Cierto no tenéis necesidad de tales avisos, vosotros que con sumisión tan absoluta estáis adheridos á las enseñanzas de esta Cátedra apostólica, que sabéis ha condenado repetidas veces las doctrinas liberales.»

Así habló en 1873 á los Círculos católicos de Bélgica, y ya veis como no se mordía la lengua. Pero aguardad.

—¿Hay todavía más?

—Sí, hay todavía más. Oid cómo habló al Obispo de Quimper, que le daba cuenta de la instalación de una Sociedad de propaganda en su diócesis:

«Auguramos bien de sus comienzos, viendo que en estas católicas reu-

niones se empieza por declarar entera y humilde sumisión á la Santa Sede y á su infalible magisterio, pues si sus individuos no se desvían de la enseñanza de ella, sino que siguen apoyándose en la firmeza de su autoridad, con la luz y auxilio celestiales, serán sus trabajos de grandísimo provecho á nuestra Santa Religión. No lograrán apartarlos de esta su conducta sumisa y obediente los escritos y manejos de los enemigos de la Iglesia y de esta Silla de Pedro, pues precisamente contra ellos han empeñado el combate; podrían, empero, serles ocasión y resbaladizo camino de error las opiniones llamadas liberales, aceptadas por muchos católicos, por otra parte honrados y piadosos, cuya religiosidad y ascendiente podría atraer fácilmente su ánimo é inclinarlo á funestísimas ideas. Haz notar, pues, tú,

venereble Hermano, à los individuos de esa Asociación católica, que Nos, al condenar repetidas veces à los secuaces de las opiniones liberales, no pretendemos hablar de los enemigos descubiertos de la Iglesia, que fuera ocioso hablar de ellos, sino de los que acabamos de indicar, quienes conservando el veneno oculto de los principios *católico liberales*, que mamaron quizá con la leche, y defendiéndolos bajo pretexto de que no adolecen de manifiesta perversidad y de que en nada dañan, según su juicio, á la Religión, contribuyen á infundirlos en los espíritus, sembrando así en ellos el germen de esas revoluciones que traen en nuestros días perturbado el mundo.»

Testimonios así son claros, irrefutables, y no necesitan explicación ni comentario. ¿Quieres otro por fin? Va dirigido á periodistas, que es la gente que más lo suele necesitar.

—Bravo, bien. A ver qué les dice el Papa á esos faros ó faroles de la bienaventurada época actual.

—Pues les dice lo que hay que oir:

«Justamente hacéis notar, amados hijos, que la subversión del orden religioso y político es ocasionada, alentada y difundida por la apostasía de muchos, *por las transacciones hoy tan frecuentes entre la verdad y el error, y por la pusilanimidad del mayor número*... Así, pues, aunque Nos no hayamos podido leer vuestro periódico á causa de las muchas tareas que nos rodean, sin embargo, consideramos como un deber nuestro alabar el propósito que en vuestra carta nos dais á conocer, y al cual hemos visto que responde plenamente vuestro periódico, á saber: dar luz, propagar, ilustrar, infundir á las inteligencias todo lo que la Santa Sede ha enseñado con-

tra las malas doctrinas, ó contra las doctrinas *cuando menos falsas y aceptadas en varias partes, señaladamente contra el Liberalismo católico, que se empeña en conciliar la luz con las tinieblas, la verdad con el error.*»—(Breve de Pío IX á los redactores de *La Croix*, de Bruselas. Mayo de 1874).

¿Tendréis ahora disculpa si no acertáis á distinguir lo verdadero de lo falso, el vino fuchsinado del vino natural? ¿Tendréis disculpa, si queriendo fiaros de vuestro propio criterio y anteponiéndolo al de Jesucristo no acudís al *catador de vinos* (permitidme la palabra), cuyo voto en la cuestión la deja resuelta y terminada? Y decidme, ¿seréis católico del Catolicismo verdadero si procedéis de otra manera?

—¡Ay! ¡ay! ¡ay! ¡en qué apuro metéis, amigo mío, á muchos católicos á su modo!

—No, no los pongo en tales apuros yo, sino su propia sinrazón. El raciocinio es concluyente. ¿Ha hablado ó no ha hablado el Papa? Sí, ha hablado. Entonces quien se acomoda llanamente á lo que el Papa ha hablado, ese es católico; quien llanamente no se acomode, quien busque evasivas y tangentes por donde deslizarse, ese podrá ser sabio, prudente, habil, político, contemporizador, tolerante, ilustrado, sí, señor, será todo lo que se quiera, menos católico. Eso no. A lo más será católico liberal, que es cosa distinta.

—Es decir, vino aguado, vino de taberna.

—Exactamente, amigo mío, y aun de taberna ya, gracias á Dios, muy desacreditada. Basta por hoy.

A. M. D. G.